

# Nuevos rostros de Vida Cristiana y de Vida Consagrada en la vida y misión compartidas

■ TERESA FIGUEROA MARTÍNEZ, CM  
*Comisión Juntos Somos Más*

El carisma es un don en la Iglesia, don del Espíritu, un regalo para ser entregado y donado. Los carismas, por tanto, son propiedad de todos. “Los carismas convocan, agrupan y se transforman en misión”<sup>1</sup>. Dentro del marco común “carismas”, hay matices propios que imprimen tonalidades diferenciadas a la vida de los laicos y de la Vida Consagrada.

Hay muchos institutos que ya hace bastante tiempo han llegado a la convicción de que su carisma puede ser compartido con los laicos. Estos son invitados, por tanto, a participar de manera más intensa

en la espiritualidad y en la misión del instituto mismo (VC 54). El papa Francisco en su carta con motivo del año de la Vida Consagrada invita también a los laicos “precisamente en su condición laical, a participar en el mismo espíritu carismático... para responder a las llamadas del Espíritu en la sociedad actual”.

Y las razones por las cuales se comparte el propio carisma no son la falta de vocaciones a la vida sacerdotal o religiosa, tampoco son de tipo sociológico; la razón es más bien eclesial, ya que la Iglesia es una comunidad caracterizada por la *comunión* y la *participación*. Hablando de esta realidad, podemos evocar una ilustradora cita del Papa que dice: “La novedad

<sup>1</sup> J. Ma. ARNAIZ, *Una nueva forma de vida cristiana. Vida y misión compartida: Religiosos y Laicos*.

de estos años es sobre todo la petición por parte de algunos laicos de participar en los ideales carismáticos de los Institutos. Han nacido iniciativas interesantes que surgen por la exigencia de compartir las responsabilidades no solo en la gestión de las obras del Instituto, sino sobre todo en la aspiración de vivir aspectos y momentos específicos de la espiritualidad y de la misión del Instituto. Uno de los frutos de la Iglesia ‘Comunión’ es la colaboración y el intercambio de dones, para participar más eficazmente en la misión de la Iglesia. El carisma del instituto se manifiesta de dos maneras: viviéndolo y compartiéndolo con otros.

Somos todos necesarios y hermanos. Todo en la viña del Señor es complementario, pero en esta complementariedad hay que conseguir que acontezca la comunión y se convierta en verdadera *común-unión*. El momento es apasionante y difícil, nuevo y creativo. De todas formas para entrar en el corazón de esta propuesta hay que convertir la comunión en un don y en una tarea y dejar atrás la idea de laicos que trabajaban para los religiosos y crear un marco nuevo en el que unos y otros pongan al servicio común los dones recibidos desde su realidad y vocación específica y compartir vida y misión”<sup>2</sup>. Estamos por tanto, llamados, religiosos(as), laicos(as) a dar un gran giro en nuestras vidas, porque

2 J. Ma. ARNAIZ, Encuentro Nacional juntos somos más, 24 de octubre 2015.

si no sabemos quiénes somos y a qué estamos llamados, nunca tendremos clara nuestra misión en la Iglesia y en el mundo.

Desde esta claridad en la identidad y especificidad, la vida y misión compartida va generando en la Iglesia un nuevo dinamismo, un nuevo aire, una nueva mentalidad. Se abren nuevos caminos a la vida laical y a la vida religiosa; nuevas formas de ser, estar, se superan las separaciones y se hace realidad la comunión. Hoy ya hablamos de “*familias carismáticas*” en la que el carisma es el mismo para todos y la forma de vivirlo diferente y complementaria.

## I. ¿QUÉ NUEVOS ROSTROS SE DESPRENDEN DE ESTA NUEVA REALIDAD?

Un nuevo rostro de vida eclesial, donde significancia y credibilidad se hace más nítida, volcando nuestras fuerzas al servicio del Reino más allá de nuestros particularismos y diferencias. De esta forma la vida de fe compartida se contagia, se revela el rostro del Padre, se anuncia la fuerza de su amor, convocamos a la misericordia y a la compasión con todas las criaturas e invitamos a la experiencia del encuentro con el Dios de Jesús<sup>3</sup>.

A 50 años del Concilio Vaticano II, sigue siendo urgente dar el salto en el modo de pensar y sentir la Iglesia piramidal, a un modo de pensarla y sentirla en circularidad,

3 R. IGLESIAS, sm, “*Misión compartida. Desafío y esperanza para la vida de la Iglesia*”.

como comunión de carismas interdependientes y comunicantes. Y el salto solo es posible sometiéndonos a un proceso de conversión personal y eclesial. Porque lo que está en juego no es un cambio de esquemas teóricos o de vocabulario, o el reemplazo de algunas estructuras por otras, se trata de un auténtico éxodo: el abandono de un sistema eclesial compuesto de formas de vida cristiana perfectamente clasificadas y separadas, para entrar en un nuevo sistema eclesial donde los límites marcados por la exclusividad desaparecen y solo hay áreas que se resaltan significativamente para el beneficio de todos.

## II. EL ROSTRO DE UNA IGLESIA CASA Y ESCUELA DE LA COMUNIÓN<sup>4</sup>

Esta Iglesia-Comunión ha encontrado el suelo común en que todos los miembros de la Iglesia se reúnen y sobre el que establecen sus relaciones y su estrategia para servir a la misión común. Aquí se parte de las fuentes comunes, la misión común, el espíritu común, para señalar luego la diversidad, las variadas formas de participar en lo común; se parte de la unidad para diferenciar después las formas complementarias de vivirla<sup>5</sup>.

Ofrecer a la vida de la Iglesia los rasgos que son propios de la comunión: la capacidad de acogida,

4 *Novo millennio ineunte*, 43.

5 A. BOTANA, fsc., *Compartir Carisma y Misión con los laicos*.

diálogo, empatía y solidaridad; de participación corresponsable y trabajo en equipo, en interrelación y colaboración con distintos organismos, grupos, instituciones, personas; de valoración y apertura a lo diverso; vivirmos como don, desde la gratuidad y la gratitud, entregando la propia vida en un estilo de vida pobre y entre los pobres. Es sobre todo en la misión donde estamos llamados a *ser comunitariamente, esos signos de comunión y profecía, signos de la fraternidad universal*<sup>6</sup>.

## III. EL ROSTRO DE UNA IDENTIDAD PROPIA Y CLARA

Existe la necesidad de explicitar mejor la identidad de los diversos estados de vida, su vocación y su misión específica en la Iglesia. (cf *Vita Consecrata* 54 y *Christifidelis Laicis* 15). Solo así teniendo esa claridad podemos decir que habrá “comunión sin confusión”. Y se podrán asumir valores similares, iniciar procesos comunes, compartir objetivos conjuntos y terminar en misiones y vida compartida. Es decisivo en la vida saber correlacionar e incluir lo laical con lo consagrado, lo femenino con lo masculino, lo joven con lo adulto, lo sacerdotal con lo laical. Solo así seremos capaces de resaltar los rasgos peculiares dentro de la identidad fundamental. Cuando se da esta identidad inclusiva se consigue desarrollar un adecuado

6 Carmelitas Misioneras, documento “*El Gozo de pertenecer*”, 2016.

sentido de pertenencia al propio grupo y una apertura sana al de los demás. El fruto de todo esto es un pensar, sentir y actuar como religiosos y laicos interrelacionados y unidos y ello tanto en el campo del trabajo vocacional, de la misión, de la formación, como en el de la iniciación a la espiritualidad. El paso siguiente será una nueva forma de vida cristiana que incluye a laicos y religiosos, hombres y mujeres, sacerdotes y laicos. Todos deben aportar la intuición más revitalizadora y creadora de comunión: el primer valor de nuestra vida es Dios, el Evangelio, la fe. Así nacen y han nacido nuevas formas de vida cristiana<sup>7</sup>.

#### **IV. EL ROSTRO DE LA PERTENENCIA E IDENTIDAD<sup>8</sup>**

El fundamento objetivo de la pertenencia depende del carisma y de su presencia en el individuo, reconocida oficialmente; pero para que se dé sentido de pertenencia debe despertarse en la persona un modo particular de percibir y, luego, de realizar su identidad dentro del carisma mismo, como si estuviera escondido en él. La persona tiene que advertir una cierta atracción hacia ese carisma, descubrir su belleza, intuir que en él hallará la posibilidad de realizarse en sumo grado, y, al final, decidirse a modelar su propia persona según ese carisma.

7 J. Ma. ARNAIZ, *Vida y Misión compartida*, p. 71.

8 Carmelitas Misioneras, documento “*El Gozo de pertenecer*”.

*El sentido de identidad y el de pertenencia representan los elementos estructurales y constitutivos del yo.*

Solamente entonces tiene lugar el paso de la pertenencia (como hecho objetivo) al sentido de pertenencia (elemento subjetivo). Pero está claro que si no nace esa primera conexión entre pertenencia y sentido de pertenencia, no es posible esperarse, después, ninguna sensación gozosa.

El sentido de identidad y el de pertenencia representan los elementos estructurales y constitutivos del yo, como los dos polos en los que cada uno encuentra los contenidos específicos de su propia fisonomía. Toda persona se define, efectivamente, a partir de lo que es y de lo que está llamado a ser, así como también de aquello a lo que pertenece y a lo que se entrega; y lo que cada uno es, depende naturalmente de aquello de lo que se siente parte. La pertenencia nace de la identidad.

#### **V. EL ROSTRO DE CARISMAS AL SERVICIO DEL REINO**

El Reino es el valor central que polariza nuestras energías y nos mantiene en una actitud de servicio y disponibilidad que nos lanza al

*Ser comunitariamente,  
esos signos de comunión  
y profecía, signos de la  
fraternidad universal.*

anuncio apasionado y a la denuncia profética.

Comunión y misión forman conjuntamente el ambiente vital que reúne a todos los fieles y depende de todos: *“Obreros de la viña son todos los miembros del Pueblo de Dios: los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los fieles laicos, todos a la vez objeto y sujeto de la comunión de la Iglesia y de la participación en su misión de salvación. Todos y cada uno trabajamos en la única y común viña del Señor con carismas y ministerios diversos y complementarios”*<sup>9</sup>.

De esta forma la acción del Espíritu actualiza el carisma fundacional y permite redescubrir la misión, como lo hizo el Fundador/a: nos hace estar atentos a *una realidad externa* de necesidad o carencia. Pero siempre desde *una actitud interna*: la contemplación del designio salvador de Dios, que hace de nosotros sus instrumentos. La acción del Espíritu nos hace sentirnos *impresionados* ante esa realidad y nos impulsa a *descubirla* como una llamada de Dios.

<sup>9</sup> (Chistifidelis Laicis n° 55.1).

El carisma fundacional sigue promoviendo la búsqueda de respuestas concretas: la institución religiosa ha sido una respuesta histórica. Pero el carisma sigue vivo y empuja a los religiosos/as y a otros cristianos a actualizar la respuesta en el contexto de la “misión compartida” que corresponde a la Iglesia-Comunión, toda ella ministerial. Es entonces cuando aparece la Familia carismática, que une el conjunto de respuestas dadas a partir del mismo carisma, o más exactamente, el conjunto de proyectos existenciales de “comunión para la misión” surgidos del mismo carisma.

El carisma fundacional se muestra como un dinamismo que promueve estos efectos entre todos los que comparten la misión de la Familia carismática:

- *Aglutina*, en cuanto aúna identidades diversas –religiosos, laicos, sacerdotes– en torno a una misma misión.
- *Diferencia*, en cuanto suscita formas específicas de vida y dones peculiares, aunque todos ellos, de una u otra forma, estén al servicio de la única misión. Cada una de esas identidades resulta valorada y promovida, justamente en aquello que le es más peculiar y que la diferencia de las otras, pues así resulta más enriquecida la misión común, con las aportaciones de todos.
- *Estimula*, en el sentido de que a cada miembro de la comunidad le empuja a descubrir los

diversos dones que el Señor le ha concedido *para la misión*, para dar con ellos testimonio del amor de Dios: la vida, la educación recibida, la preparación personal, tales cualidades o habilidades, la capacidad de entrega y generosidad, ...; o dones especiales como el *discernimiento de los espíritus*, o el celibato por el Reino (cf. Mt 19, 12), o el saber hacer del matrimonio un proyecto “a dos” para el compromiso.

Los carismas fundacionales son, en realidad, *camino para vivir el Evangelio*, y vivirlo como la Iglesia en la tensión de los dos polos: “*evangelizar y ser evangelizado*”<sup>10</sup>. El carisma da una clave de lectura del Evangelio que conduce al beneficiado a experimentar en sí, unificadamente, la consagración y el envío a la misión; se descubre a sí mismo/a mediador/a de la salvación de Dios, y se despierta en él o ella la conciencia de que esa experiencia carismática de estar poseído por el Espíritu *se está cumpliendo hoy en su persona*.

Y la configuración con Cristo va de la mano con la construcción del Reino de Dios: construirlo y dejarse moldear por él, siempre desde la perspectiva o misterio que el carisma privilegia.

Laicos y religiosos se unen en una Familia evangélica, ya no para participar “en la misión del Instituto”, sino para revivir juntos el carisma

que ha dado origen a esta Familia, encarnar juntos el rostro evangélico que corresponde a este carisma, y servir juntos a la misma misión eclesial. La fidelidad creativa, necesaria para mantener y continuar el carisma en la Iglesia, en adelante ya no dependerá solo del Instituto que hasta ahora lo representaba, sino de los diversos grupos que componen la Familia evangélica y de cuantos vengan a asociarse en ella<sup>11</sup>.

## CONCLUSIÓN

Los nuevos rostros que van apareciendo al vivir estas experiencias enriquecen a la Iglesia con una nueva eclesialidad, una nueva forma de vivir la Iglesia: Las familias carismáticas, con identidades definidas, con sentido de pertenencia, con fuerza, pasión y dinamismo que moviliza a las personas a que se haga realidad el Reino de Dios en la tierra, que multiplican la comunión y la ejercitan. Laicos y religiosos no son recursos que ayuden a instituciones, sino vocaciones que hay que ayudar a que florezcan. La conciencia de mutua pertenencia e identidad ha ido creciendo.

Aparece una Iglesia que promueve, busca y vive la comunión. Incrementar la comunión es prestar el mejor servicio que se puede hacer a todos. Ejercitarse en comunión,

10 Evangelii Nuntiandi N° 15.

11 A. BOTANA, fcs. *Compartir Carisma y Misión con los laicos*.

es crecer en dinamismo, es multiplicar la vida y hacer sinergia<sup>12</sup>.

Si antes el camino era la separación hoy es el “encuentro” y este supone cercanía, presencia, interacción, diálogo, amistad, lugares comunes. Al encontrarse se da la colaboración, la participación y la compañía. Hablamos de relaciones simétricas, donde sentados “en la misma mesa” juntos proyectamos, juntos buscamos caminos, por ende, se va dando la vinculación la que trae vida y está unida a la acción de engendrar vida.

Hoy se van perfilando otros modos de vivir la Iglesia y de ser presencia en el mundo y en la historia. Requiere procesos de conversión, de cambio de mentalidades. Es abrirse a lo nuevo, a la novedad

que el Espíritu nos va inspirando. Es reconocer que hay un nuevo dinamismo y que hay otros horizontes, que hay que dejar las antiguas estructuras. Eso ya quedó atrás. Es hora de recorrer nuevos caminos, sin miedo a perder, donde todos ganamos. Es hora de avanzar en la comunión.

Este es el nuevo aire que se respira, que trae esperanza donde juntos Laicos y Religiosos “VIVIMOS, SENTIMOS Y ORAMOS LA MISMA IGLESIA” donde, como decíamos anteriormente, la comunión nos hace ser signos más nítidos, creíbles, capaces de vibrar y volcar nuestras fuerzas al servicio del Reino, más allá, de nuestros particularismos y diferencias. Donde juntos somos más.

### *Para la reflexión*

- 1. ¿Además de los rostros que describe la autora, hay otros rostros que reflejan la comunión Laicado-Vida Consagrada?*
- 2. En el artículo se afirma que el carisma fundacional aglutina, diferencia y estimula la misión de la Familia Carismática. Dada tu experiencia, ¿agregarías otros efectos?*

12 J. Ma. ARNAIZ, *Vida y misión compartida*.